

HUELLAS EN EL TIEMPO

Al echar la vista atrás, uno realmente comprende cómo ciertos acontecimientos que marcan nuestras vidas tienen el poder de transformarnos en personas completamente distintas, en cambiar nuestros pensamientos, nuestros valores y nuestra forma de ver la vida.

Aquí dejo un pedacito de mí.

Para entender de alguna manera lo que soy hoy, tendría que remontarme a unos años atrás. Retroceder a la época del colegio, cuando lo que más valorábamos era la "popularidad" y el simple pero crucial hecho entonces de tener más amistades que el resto. Ser un líder en algo.

Nosotras éramos un grupo de cinco amigas: Iciar, Clara, Ana, Lola y yo. No todas destacábamos por nuestra amabilidad y simpatía hacia al resto de nuestros compañeros, ni tampoco hacia nosotras mismas, siendo sincera. Fue una época marcada por los celos, enfrentamientos y el afán de superioridad que, al parecer, ninguna de las cinco podía ni quería evitar. En todo grupo de amigas de 12 años, siempre hay una de ellas que lleva la voz cantante. Y, aunque cometimos numerosos errores injustificables, es innegable que nuestra amiga Lola nos causó un sufrimiento considerable. Hasta que un día, simplemente desapareció de nuestras vidas.

Mi vida siguió adelante y pasé de educación primaria a secundaria, lo que significaba conocer personas nuevas y hacer nuevas amistades. A pesar de todos los problemas que tuvimos en el pasado, Iciar, Clara, Ana y yo seguíamos muy unidas.

La vida es un tobogán de sentimientos y situaciones y cuando crees que todo es felicidad y que los problemas es algo que les pasa a los demás y no a ti entonces algo ocurre, algo que lo cambia todo y que nadie esperaba. Y en septiembre de 2016, el padre de nuestra queridísima amiga Iciar falleció. ¿Cómo se suponía que una niña de 14 años iba a gestionar la muerte de un ser tan querido como es un padre? Fue demasiado para ella y fue demasiado para todas nosotras.

Hay personas que saben canalizar su dolor, que lo exteriorizan, hablan de ello.... pero muchas otras se bloquean e intentan minimizar lo ocurrido para creer que de esta manera el dolor no es tan intenso. Existen personas que lloran por dentro y se lo tragan todo ellas solas e Iciar fue una de estas personas.

De repente, pasamos de niñas a tener que enfrentarnos a una realidad que no nos correspondía por nuestra inmadurez biológica. Empezamos a hacer cosas que no eran propias de nuestra edad, como salir de fiesta continuamente y juntarnos con gente que no debíamos. Todo fue fruto de la tristeza que acumulábamos, especialmente Iciar.

La situación no fue a mejor y cada una de nosotras se abrió camino a un pozo sin fondo. En esa época lo único que me importaba era salir con mis amigas y divertirme, sin importar lo que pensaban mis padres e ignorando por completo el dolor que les causaba mi repentina rebeldía. Hoy me sigo preguntando por qué actuaba de esa manera. Tal vez estaba demasiado unida a mi amiga del alma Iciar y era mi manera de demostrarle que siempre estaría a su lado sin importar el resto y sin entender que la principal perjudicada era yo.

Hubo un momento en el que la situación se nos fue de las manos y empecé a priorizar los problemas de mis amigas, creyendo que mis problemas no eran tan importantes. Que yo era secundaria en esta historia. Y de pronto me di cuenta de que las cosas debían cambiar, que yo debía cambiar. El fallecimiento de mi abuelo Venancio, muy doloroso por lo que significaba para mí me hizo ver que yo no podía seguir en esa actitud y decidí que era el momento de dar un nuevo rumbo a mi vida y salir de ese pozo oscuro que parecía no tener fondo. Decidí trasladarme a otra ciudad y conocer gente nueva. A pesar de tomar esa decisión, sabía que mis amigas y yo mantendríamos nuestra relación y de alguna manera se consolidaría, dejando atrás la toxicidad que nos envolvía.

Me fui a Granada en busca de un nuevo comienzo lejos de mi zona de confort, pero lo que pensé que iba a ser fácil se convirtió en mi mayor reto personal hasta ahora. El 6 de septiembre de 2022 mis padres me dejaron en la residencia de estudiantes que pasaría a ser mi segunda casa por un tiempo. Conocer gente no fue difícil, lo realmente complicado fue encontrar personas en las que poder confiar. Rápidamente hice un grupo de amigas, cada una de un lugar diferente como Melilla, Valdepeñas, Almería, Zaragoza y Málaga. Todo parecía ir bien, demasiado bien, hasta que empezaron los problemas.

Cuando te apartas lejos de tus padres y de su autoridad e influencia, descubres que te vuelves una persona mucho más vulnerable e influenciable. Priorizas cosas como salir varias veces a la semana, las relaciones sentimentales, los planes que impliquen no asistir a clase y todo aquello que se salga de las normas que tan poco nos gustan. Se supone que estamos en la edad de explorar, de enamorarnos, de ir descubriéndonos a nosotros mismos y de cometer errores para poder aprender de ellos. Es la época de disfrutar, pero sin perder el sentido de la realidad.

Creo que muchas veces durante ese año me pasé de la raya. Lo que en aquel entonces creía que era "disfrutar" sin duda alguna hoy en día lo veo como un completo descontrol. Salía de fiesta cuatro veces por semana, bebía sin control, apenas comía para ahorrar dinero y hacer planes con mis amigas, faltaba a clase y como era de esperar, no aprobé ningún examen. En ese momento no me di cuenta de lo mal que estaba actuando y de que la única persona que saldría perjudicada sería yo misma. Y así fue, ocurriendo lo que no desearía que le ocurriera jamás a nadie.

El 16 de junio de 2022, durante la época de exámenes de la UGR, coincidió con el Corpus de Granada, que es la feria local. Esa noche mis amigas y yo nos animamos y decidimos salir de fiesta al recinto ferial. Y esa misma sufrí una agresión sexual.

Después de lo sucedido, mi vida cambió por completo. Volví a casa con mi familia decidida a no regresar a Granada nunca más. No salía de casa, perdí el apetito y me daba miedo salir por la noche. Guardaba silencio acerca de lo sucedido, me victimizaba cada día y pasé todo el verano trabajando en un bar para mantenerme ocupada. Es imposible relatar el dolor interno y la tortura constante de mi mente.

Estoy eternamente agradecida por el apoyo incondicional de mi familia y de mis amigas, en especial de Clara y de Iciar, que me abrazaron, compartieron mi dolor y me acompañaron en los momentos más difíciles, ayudándome a superarlo. Fueron meses muy difíciles. Y cuando crees que ya no volverás a ser la misma un día descubres al despertar que hay color en tu vida y que de nuevo hay que seguir.

A pesar de la ansiedad que me causaba el simple hecho de regresar a Granada, decidí enfrentarme a ella. Ahí fue cuando comprendí (con ayuda de mis seres queridos y muchas horas en el psicólogo) que no iba a dejar de perseguir mis metas por una agresión, que nada ni nadie iba a detenerme. Dejé la universidad y la residencia, alejándome de personas que no me aportaban nada y que solo buscaban diversión. Comencé un grado de turismo en la escuela Alhambra, donde conocí a gente maravillosa y amplí mi círculo de amistades. Fue una de las mejores decisiones que he tomado hasta hoy. Empecé a ganar un poco más de confianza en mí misma y de vez en cuando me animaba a pasarlo bien con mis amigas, recuperando las ganas y la ilusión de seguir trabajando en mí, de darme ese cariño que yo misma me negaba. Y un día conocí a Alberto, que sin yo saberlo iba a convertirse en uno de mis mayores apoyos, y una de las personas que más luz y motivación me ha brindado. Siempre estaré agradecida de haberme cruzado con una persona tan buena en mi camino.

Quiero dedicar este relato, real, a todos aquellos que han tomado un momento de su vida para leerme, especialmente a aquellos que atraviesan momentos difíciles. Si me permiten darles un consejo les diré lo siguiente: vosotros mismos al final sois los que tenéis que salir a flote de situaciones muy complicadas. Sois vosotros quienes debéis encontrar la valentía, la fuerza y la determinación para seguir adelante. La forma en la que os enfrentéis a vuestros problemas determinará el resultado final. Y saber agarrar las manos de las personas adecuadas, que siempre las hay y soltar las de aquellos y aquellas que solo están ahí para lo bueno y desaparecen cuando vienen mal dadas. El tiempo tiene el poder de sanar muchas heridas y lo que el tiempo no pueda curar dejará una huella. Esa marca no se debe ignorar porque es parte de nuestra mochila y debemos aprender a vivir con ella, pero lo más importante de todo es seguir avanzando. Cada desafío superado nos va dando la fuerza

necesaria para enfrentarse a lo que está por venir y para seguir contando nuestra historia en la vida.

Martina Roji Martínez.